

José Martí y el modernismo. Una visión desde “El carácter de la *Revista venezolana*” y “El poema del Niágara”

Amanda Guzmán Mouriz, estudiante de la Facultad de Artes y Letras, Universidad de La Habana

Cuando mencionamos el término modernismo resulta difícil no pensar en Rubén Darío y su texto *Azul*. Hablar de modernismo siempre nos lleva a esos hombres que buscaron el refinamiento expresivo, la sonoridad del lenguaje, pensamos en los cosmopolitas, en los poetas que se hallaban a medio camino entre la fascinación por el progreso y la reacción contra este, pensamos en el preciosismo, en la renovación métrica y estética, en la búsqueda de lo nacional, en la renovación lexical. Pensamos en los poetas rebeldes que no se ajustaron a la forma, más bien, crearon nuevas formas. Muchos han dicho que el modernismo no fue un movimiento organizado, sino un espíritu de época. Mucho se ha hablado acerca de Martí y el modernismo, sus textos “El carácter de la *Revista venezolana*” y “El poema del Niágara” han sido considerados manifiestos modernistas. Fina García Marruz afirma:

No parece, entonces, imprescindible insistir en la consideración de puro orden cronológico —aunque haya sido útil y justo precisarla, a los fines de su estudio— de que estos textos venezolanos, que realmente inician una expresión nueva, antecederan siete años a la publicación de *Azul*. Darío encabeza un movimiento literario, Martí anuncia con su prólogo a Bonalde, una nueva época. No subraya él su aporte personal, sino ve lo nuevo en que el genio iría pasando *de individual a colectivo*.¹

Fina García observa en Martí la voz de precursor, él no se llamó a sí mismo modernista, pero anunció este nuevo espíritu que veía en la literatura. Observó los problemas y las preguntas que impulsaban esta nueva época y los detalló en los textos que analizaremos brevemente a continuación.

¹ Fina García Marruz, “Venezuela en Martí”, p. 94.

Martí llega a Venezuela en 1881, luego de haber sido desterrado de Cuba con 18 años, vivir en España, trasladarse a México en 1874, volver a Cuba por un tiempo, viajar a Guatemala en 1877, regresar a La Habana, ser desterrado por segunda vez y vivir por un corto tiempo en Nueva York. Todos estos viajes le permitieron formarse como escritor y pensador, Cintio Vitier considera este peregrinaje por las tierras de América Latina el tercer momento fundamental de la vida de José Martí. Fina García se refiere al impulso que constituyó para el escritor cubano su llegada a Caracas:

Cuando Martí llega a Caracas se dijera que toma un impulso y una audacia nueva. Viene de un gran desaliento, de un largo peregrinaje americano. “Luché en mi patria, y fui vencido”. Sucesivos fracasos del ideal republicano puro en España, en el México de Lerdo, vencido por las fuerzas regresivas, en la Guatemala de Rufino Barrios. Viene de una corta estancia en Nueva York, del intento frustrado de reanimar la Guerra Grande con la cariñosamente llamada Guerra Chiquita, después del desolador estancamiento del Zanjón.²

Luego de tantas desavenencias, el escritor se establece en la capital de Venezuela y publica en julio de 1881 su primer y segundo número de la *Revista venezolana*. En este segundo número, aparece, “El carácter de la *Revista venezolana*”. Es un texto en el que José Martí se refiere a cierto grupo de personas que consideraban que su revista no era bastante variada y criticaban los textos que habían sido publicados en ella, hablaban de “toda esa literatura blanda y murmurante que no obliga a provechoso esfuerzo a los que la producen ni a saludable meditación a los que leen, ni trae aparejadas utilidad y trascendencia”.³ A ellos se refiere la respuesta martiana acerca de un nuevo germen que crecía en la literatura hispanoamericana, Martí expresa que los escritores de la época vivían un momento único, y expresa en períodos oracionales llenos de imágenes y emoción cómo era esa época y qué debían hacer los poetas:

² *Ibíd*em, p. 56.

³ José Martí, “El carácter de la *Revista venezolana*”, p. 89.

[...] Cuando se tallan sobre las ásperas y calientes ruinas de la época pasada, los tiempos admirables y gloriosos que los enérgicos ingenios y elementos robustos de este pueblo anuncian; cuando es fuerza ir haciendo con mano segura atrás todo lo que estorba, y adelante a todo lo brioso y nuevo que urge; cuando vivimos en una época de incubación y de rebrote, en que, perdidos los antiguos quicios, andamos como a tientas en busca de los nuevos; cuando es preciso derribar, abrirse paso entre el derrumbe, clavar el asta verde, arrancada al bosque virgen, y fundar; cuando, poseedores de la excesiva introducción literaria que heredamos de la colonia perezosa, se vive en gran manera como extraño enfrente de esos mares que nos hablan de poder y de fama venideros, de esas selvas, guardadoras clementes de nuestra fortuna abandonada, y de esos montes de oro, que descujados en fuego se estremecen coléricos bajo nuestras plantas, como con cansancio de su obligada pereza, y con enojo del desamor con que los vemos; cuando los árboles están de pie en los bosques, como guerreros dispuestos a la lidia, en espera de estos gallardos desdeñosos de los pueblos, que no acuden a desatarlos y a recoger el fruto de ese magnífico combate de los humanos y la naturaleza [...]⁴

Esta nueva literatura debía derribar y abrirse paso entre el derrumbe, debía fundar, despojarse de lo antiguo e ir a por nuevas formas. Es interesante notar que, aunque en este texto martiano observamos un derroche de conceptualizaciones de la necesidad de una renovación estética y literaria, esta idea no es nueva en su obra, se venía mostrando desde sus textos periodísticos en México y ahora se nos muestra como una idea madura y conformada. El joven escribe acerca de la necesidad de la renovación de la palabra, de uso del estilo en conformidad con el contexto en el que se usa:

De esmerado y de pulcro han motejado algunos el estilo de alguna de las sencillas producciones que vieron la luz en nuestro número anterior. No es defensa, sino aclaración, la que aquí hacemos. Uno es el lenguaje del gabinete: otro el del agitado parlamento. Una lengua habla la áspera polémica: otra la reposada biografía. Distintos goces nos produce, y diferentes estilos ocasiona, el deleite de crepúsculo

⁴ Ídem.

que viene de contemplar cuidadosamente lo pasado, y el deleite de alba que origina el penetrar anhelante y trémulo en lo por venir.⁵

Más adelante reflexiona en la necesidad del poeta de pintar con sus palabras del mismo modo que lo hace el pintor, defiende la idea del uso del lenguaje en conformidad con lo que se escriba y se coloca a sí mismo dentro de aquellos que lo harán:

Pues ¿cuándo empezó a ser condición mala el esmero? Solo que aumentan las verdades con los días, y es fuerza que se abra paso esta verdad acerca del estilo: el escritor ha de pintar, como el pintor. No hay razón para que el uno use de diversos colores, y no el otro. Con las zonas se cambia de atmósfera, y con los asuntos de lenguaje. Que la sencillez sea condición recomendable, no quiere decir que excluya del traje un elegante adorno. De arcaico se tachará unas veces, de las raras en que escriba, al Director de la *Revista Venezolana*; y se le tachará en otras de neólogo: usará de lo antiguo cuando sea bueno, y creará lo nuevo cuando sea necesario: no hay por qué invalidar vocablos útiles, ni por qué cejar en la faena de dar palabras nuevas a ideas nuevas.⁶

En el texto “El poema del Niágara” escrito en 1883 se retoman algunas de estas ideas y se aportan otras. Este prólogo inicia con un lamento acerca de la necesidad que han tenido los poetas de ajustarse a la sociedad y refrenar su genio poético:

¡Ruines tiempos, en que no priva más arte que el de llenar bien los graneros de la casa, y sentarse en silla de oro, y vivir todo dorado; sin ver que la naturaleza humana no ha de cambiar de como es, y con sacar el oro afuera, no se hace sino quedarse sin oro alguno adentro! [...] ¡Ruines tiempos!—no para el hombre en junto, que saca, como los insectos, de sí propio la magnífica tela en que se ha de pasear luego el espacio; sino para estos jóvenes eternos; para estos sentidores exaltables, reveladores y veedores, hijos de la paz y padres de ella; para estos creyentes fogosos, hambrientos

⁵ *Ibíd.*, p. 91.

⁶ *Ibíd.*, p. 92.

de ternura, devoradores de amor, mal hechos a los pies y a los terruños, henchidos de recuerdos de nubes y de alas, buscadores de sus alas rotas, pobres poetas! Es su natural oficio sacarse del pecho las águilas que en él les nacen sin cesar, —como brota perfumes una rosa, y da conchas la mar y luz el sol, —y sentarse, a par que con sonidos misteriosos acompañan en su lira a las viajeras, a ver volar las águilas: —pero ahora el poeta ha mudado de labor, y anda ahogando águilas. ¿Ni qué vuelta irán, si con el polvo del combate que hace un siglo empezó y aún no termina, están oscurecidas hoy las vueltas? ¿Ni quién las seguirá en su vuelo, si apenas tienen hoy los hombres tiempo para beber el oro de los vasos, y cubrir de él a las mujeres, y sacarlo de las minas?⁷

Estos jóvenes poetas por los que Martí se lamenta han tenido la necesidad de ajustarse a la sociedad burguesa, pues el arte estaba siendo desplazado por la necesidad de tener posesiones e ir en pos del progreso. Recuerdan, estos poetas que ahogan dentro de ellos a las águilas al personaje poeta del cuento “El Rey burgués”, que publicaría Rubén Darío años más tarde:

Y un filósofo al uso:

—Si lo permitís, señor, puede ganarse la comida con una caja de música; podemos colocarle en el jardín, cerca de los cisnes, para cuando os paseéis.

—Sí, —dijo el rey, —y dirigiéndose al poeta: —Daréis vueltas a un manubrio. Cerraréis la boca. Haréis sonar una caja de música que toca valeses, cuadrillas y galopas, como no preferiréis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jerigonzas, ni de ideales. Id.

Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estanque de los cisnes, al poeta hambriento que daba vueltas al manubrio: tiririrín, tiririrín... ¡avergonzado a las miradas del gran sol! [...] Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta de la montaña coronada de águilas, no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio, tiririrín.⁸

⁷ José Martí, “El poema del Niágara”, p. 145.

⁸ Rubén Darío, “El rey burgués”, en *Azul*, pp. 7-8.

Así, los poetas, según el escritor nos dice, tenían partido “el espíritu en amores contradictorios e intranquilos”,⁹ por un lado, todas las imágenes que antes reverenciaban habían sido desacreditadas y, por otro, las imágenes del futuro se tornaban borrosas en sus mentes. Ya no era posible producir obras largas, acabadas, pacientes, aquellas escritas desde la quietud y la reflexión. Ahora, los tiempos demandaban obras escritas en medio del miedo creciente a la pobreza del hogar, como afirma el escritor, el progreso de la humanidad había permitido mayor comunicación por tierra y también a través de la prensa. El hombre se encontraba más comunicado que nunca antes, es por esto que se iniciaba un nuevo fluir en los pensamientos del creador artístico, un fluir rebelde y capcioso, una forma de crear que distaba del reposo y se colocaba en las líneas de lo fugaz, lo efímero. Las ideas no se desarrollaban, brotaban:

[...] Se tiene el oído puesto a todo; los pensamientos, no bien germinan, ya están cargados de flores y de frutos, y saltando en el papel, y entrándose, como polvillo sutil, por todas las mentes: los ferrocarriles echan abajo la selva; los diarios, la selva humana. Penetra el sol por las hendiduras de los árboles viejos. Todo es expansión, comunicación, florecencia, contagio, esparcimiento. El periódico desflora las ideas grandiosas. Las ideas no hacen familia en la mente, como antes, ni casa, ni larga vida. Nacen a caballo, montadas en relámpagos, con alas. No crecen en una mente sola, sino por el comercio de todas. No tardan en beneficiar, después de salida trabajosa, a número escaso de lectores; sino que, apenas nacidas, benefician [...] Las imágenes se devoran en la mente. No alcanza el tiempo para dar forma a lo que se piensa. Se pierden unas en otras las ideas en el mar mental, como cuando una piedra hiere el agua azul, se pierden unos en otros los círculos del agua. Antes las ideas se erguían en silencio en la mente, como recias torres, por lo que, cuando surgían, se las veía de lejos: hoy se salen en tropel de los labios, como semillas de oro, que caen en suelo hirviente; se quiebran, se radifican, se evaporan, se malogran—¡oh hermoso sacrificio!—para el que las crea; se deshacen en chispas encendidas, se desmigajan.

⁹ José Martí, “El poema del Niágara”, p. 147.

De aquí pequeñas obras fúlgidas; de aquí la ausencia de aquellas grandes obras culminantes, sostenidas, majestuosas, concentradas.¹⁰

Martí conceptualiza la poesía moderna como aquella que se desarrolla desde la alarma, la pregunta, el clamor, desde la vida con la naturaleza:

[...] la vida personal dudadora, alarmada, preguntadora, inquieta, luzbética; la vida íntima febril, no bien enquistada, pujante, clamorosa, ha venido a ser el asunto principal y, con la naturaleza, el único asunto legítimo de la poesía moderna.¹¹

Este creador de la poesía moderna, debe reconquistarse. Pues “no bien nace, ya están en pie junto a su cuna con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos, las filosofías, las religiones, las pasiones de los padres, los sistemas políticos. Y lo atan; y lo enfajan; y el hombre es ya, por toda su vida en la tierra, un caballo embridado”.¹² La originalidad literaria, viene seguida de la libertad espiritual. El poeta modernista será movido por los afanes, por sus miedos, amarguras, será un hombre de ideas punzantes, un hombre que hable con la majestuosidad de la naturaleza, será un hombre cuyos versos fluyan como un torrente. El poeta amará la lengua, jugará con ella, le dará matices como suelen hacer los pintores, le dará forma como un escultor. La forma no condicionará al poeta, el poeta creará la forma:

[...] Y Pérez Bonalde ama su lengua, y la acaricia, y la castiga; que no hay placer como este de saber de dónde viene cada palabra que se usa, y a cuánto alcanza; ni hay nada mejor para agrandar y robustecer la mente que el estudio esmerado y la aplicación oportuna del lenguaje. Siente uno, luego de escribir, orgullo de escultor y de pintor. Es la dicción de este poema redonda y hermosa; la factura amplia; el lienzo extenso; los colores a prueba de sol. La frase llega a alto, como que viene de hondo, y cae rota en colores, o plegada con majestad, o fragorosa como las aguas que retrata.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 149.

¹¹ *Ibíd.*, p. 151.

¹² *Ibíd.*, p. 152.

A veces, con la prisa de alcanzar la imagen fugitiva, el verso queda sin concluir, o concluido con premura. Pero la alteza es constante.¹³

Luego de referirse a la poesía modernista y al poeta, el autor refiere al medio de composición del poema: el verso. El verso no debía ser muy cargado, debía ser pulido en la mente del compositor:

[...] El verso es perla. No han de ser los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas, sino como el jazmín del Malabar, muy cargado de esencias. La hoja debe ser nítida, perfumada, sólida, tersa. Cada vasillo suyo ha de ser un vaso de aromas. El verso, por dondequiera que se quiebre, ha de dar luz y perfume. Han de podarse de la lengua poética, como del árbol, todos los retoños entecos, o amarillentos, o mal nacidos, y no dejar más que los sanos y robustos, con lo que, con menos hojas, se alza con más gallardía la rama, y pasea en ella con más libertad la brisa, y nace mejor el fruto. Pulir es bueno, mas dentro de la mente, y antes de sacar el verso al labio [...]¹⁴

El verso, prosigue Martí, “ha de ser hecho de una pieza, y de una sola inspiración, porque no es obra de artesano que trabaja a cordel, sino de hombre en cuyo seno anidan cóndores, que ha de aprovechar el aleteo del cóndor”.¹⁵ El verso recortado luego de llegar al papel debía considerarse muerto y deforme. “Como cada palabra ha de ir cargada de su propio espíritu y llevar caudal suyo al verso, mermar palabras es mermar espíritu, y cambiarlas es rehervir el mosto, que, como el café, no ha de ser rehervido. Se queja el alma del verso, como maltratada, de estos golpes de cincel”.¹⁶ El verso debía nacer y dejarse volar. Debía ser un verso que naciera “alado y sonante”.¹⁷ Este texto, de tremendísima riqueza, finaliza con una exhortación a los poetas que Martí vislumbra:

¹³ *Ibíd.*, p. 156.

¹⁴ *Ídem.*

¹⁵ *Ibíd.*, p. 157.

¹⁶ *Ídem.*

¹⁷ *Ídem.*

[...] Cultiva lo magno, puesto que trajiste a la tierra todos los aprestos del cultivo. Deja a los pequeños otras pequeñeces. Muévante siempre estos solemnes vientos. Pon de lado las huecas rimas de uso, ensartadas de perlas y matizadas con flores de artificio, que suelen ser más juego de la mano y divertimento del ocioso ingenio que llamarada del alma y hazaña digna de los magnates de la mente. Junta en haz alto, y echa al fuego, pesares de contagio, tibiedades latinas, rimas reflejas, dudas ajenas, males de libros, fe prescrita, y caliéntate a la llama saludable del frío de estos tiempos dolorosos en que, despierta ya en la mente la criatura adormecida, están todos los hombres de pie sobre la tierra, apretados los labios, desnudo el pecho bravo y vuelto el puño al cielo, demandando a la vida su secreto.¹⁸

Tenemos ante nosotros un texto que claramente aboga por una cierta idea de lo poético, por una nueva conceptualización del poeta y de la poesía, por una renovación del lenguaje y de las formas del lenguaje. Ciertamente Martí vio venir una época donde predominaría un nuevo espíritu, el modernista, pero ciertamente también, fue Martí precursor de esa época que predijo. José Martí se encuentra junto a Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, José Asunción Silva y algunos otros, dentro de aquella primera ola de modernistas.

Martí flexibilizó la prosa para que fuera portadora de sus experiencias impresionistas. [...] *Ismaelillo* [...] Martí elabora una poesía breve, pictórica, de rimas inesperadas, de sintaxis compleja, de arcaísmos y riquezas verbales, de condensación y arte detallista [...] *Versos sencillos* [...] estos versos escritos “como jugando”, son octosílabos, algunos monorrimos (lo cual era novedad) y otros con usos traviosos de la rima [...] Fue un poeta de doble acento, romántico y modernista, personalísimo siempre, rápido en sus saltos de intuición a intuición, eficaz en vestir con una imagen concreta la idea más abstracta [...].¹⁹

¹⁸ *Ibíd.*, p. 160.

¹⁹ Anderson Imbert, *Historia de...*, pp. 328-329.

Bibliografía

ANDERSON IMBERT, ENRIQUE: *Historia de la literatura hispanoamericana I. La Colonia. Cien Años de República*, Editorial Varela, La Habana, 2006.

DARÍO, RUBÉN: *Azul*, Editorial Cubaliteraria, La Habana, 2001.

GARCÍA MARRUZ, FINA: “Venezuela en Martí”, en *Temas Martianos*. Tercera Serie, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2011, pp. 53-189.

MARTÍ, JOSÉ: “El carácter de la *Revista venezolana*”, en *Obras completas. Edición crítica*, t. VIII, Centro de Estudios Martianos, 2003, pp. 88-92.

_____ : “El poema del Niágara”, en *Obras completas. Edición crítica*, t. VIII, Centro de Estudios Martianos, 2003, pp. 144-160.

VITIER, CINTIO: *Vida y Obra del Apóstol José Martí*, Centro de Estudios Martianos, 2008.